

á los demás sin iluminarse y corregirse á sí mismo hasta los últimos límites de lo posible; pero hasta que uno no se pueda iluminar y corregir aisladamente, cada vez que se ilumine y trabaje en la mejoración de sí propio, inevitablemente iluminará y mejorará á los demás, y que este medio, es el único eficaz para prestar un buen servicio á los demás; lo mismo que el fuego no puede únicamente alumbrar y calentar al objeto que le alimenta; pero inevitablemente alumbrá y calienta en torno suyo, no produciendo este efecto más que cuando se quema á sí mismo.

Escribís *¿Si yo me volviese mejor mi prójimo se encontraría mejor?* Es lo mismo que si un cavador dijese *¿Si afilo mi pico adelantaré en mi trabajo?* El trabajo adelanta si el pico está afilado. Pero aquí la comparación no es completa. Iluminar y mejorar á los otros, como ya he dicho, no se hace más que iluminando y mejorándose á sí mismo.

Yo no digo que lo que hacéis en el servicio militar enseñando á los soldados á leer y escribir etc. sea malo. Es mucho mejor que enseñarles la mentira, la crueldad ó pegarles; pero lo que es un mal por vuestra parte, es que sabiendo el mal y la mentira del servicio militar, con sus engaños, su juramento, su disciplina, continuéis sirviendo. Y, lo que es peor, no el hecho mismo de que vosotros sirváis, sino los razonamientos que hacéis para probar que obráis bien en seguir sirviendo.

Comprendo que por culpa de vuestros padres, de vuestro pasado, de vuestra debilidad, os falta fuerza para hacer lo que creéis necesario: abandonar el servicio militar. Todos, según nuestras debilidades, nos alejamos más ó menos de ese ideal, de esta verdad que conocemos; pero es muy importante no deformar la verdad, saber que uno no se aleja de ella, que es un pecador, un embustero, y aspirar á ella de continuo, estar pronto á escuchar su voz en cualquier momento sin que los obstáculos la debiliten.

El hombre no avanza, no vive, ni sirve á los demás, más que cuando sabe cuan distante está de la verdad y cuando se cree malo. Pero se trata de justificar su pecado, si está contento de sí entonces está muerto. Pues estar contento de sí, permaneciendo en el servicio militar, cuando se sabe que tiene por objeto el suplicio y la muerte, y por medios, la sumisión servil á cada individuo de un grado superior que (mañana mismo) puede mandarnos matar á hombres inocentes, cuando se sabe que las condiciones del servicio militar, son no sólo la ociosidad, el gasto estéril de las mejores fuerzas del pueblo, que está engañado y depravado; digo, que cuando se sabe todo esto, no puede estarse contento de sí.

* * *

En los últimos tiempos no han sido los sufr-

mientos físicos los que se me han hecho terribles, y si las heridas morales, y entre éstas, las más agudas son las frases que emplean todos los sofismas para ocultar la verdad y poner en su puesto la mentira.

El sofisma de la objeción de Pobiedonostzev en su contestación á la misiva que la unión evangélica de Suiza dirigió al Tzar, sobre la libertad de cultos, es el siguiente:

Permitimos edificar iglesias de todas las comuniones, y practicar ceremonias, bautismos, casamientos, predicaciones etc., á cada cual según sus ritos; pero prohibimos á todos los ministros de esos cultos propagar su doctrina extraviar á la ortodoxia, como ellos desean.

Se supone pues que la religión no consiste más que en el cumplimiento de ciertos actos exteriores de la vida: funerales, bautismo casamiento, sermón y nada más, y que cada religión puede ejecutar estos actos con arreglo á sus ritos, es decir, que no se obliga á los mahometanos á bautizar á sus hijos, etc. Este no es punto de tolerancia y si ausencia de violencia, de violencia de cierto orden, pues si existiese nadie que no fuese ortodoxo, podría venir á Rusia; en este caso ya no se trata de religión, pues aquí resulta una forma muerta, mientras que la religión es algo vivo. La religión es algo vivo por el hecho de que siempre aparecen nuevas personas haciéndose esta pregunta ¿De qué religión? Esta pregunta se resuelve con arreglo á la forma muerta,

es decir que los hijos siguen la religión de sus padres, Entonces no es una religión y si un asunto puramente civil, y entre nosotros no está establecida sobre la base que debe guiar cada acto civil: entre nosotros la justicia es: 1.º el hijo cuyo padre ó madre es ortodoxo; 2.º se puede propagar por escrito y verbalmente la ortodoxia, cosa que se prohíbe á las demás religiones; 3.º se puede guiar á la ortodoxia, esto se llama convertir, y no puede hacerse para otra religión. Estas tres condiciones no existen en ningún otro país, por que en todas partes menos en Rusia existe la tolerancia religiosa.

* * *

La fuerza de los gobiernos proviene de que tienen en las manos el círculo del poder que se regenera por sí mismo; la falsa doctrina produce el poder, y el poder dá á la doctrina falsa únicamente la posibilidad de extenderse, separando á todas las que puedan descubrirla.

* * *

La guardia y las tropas tienen á bien dejarse comprar y aturdir, sin embargo están formadas de los mismos hombres que esa misma guardia oprime á fuerza de hacer mal. Además esa guardia es insignificante, se compone de menos de la

milésima parte del pueblo, y hasta suele ser del pueblo. Es por que el poder de los gobiernos no se mantienen sólo por la fuerza, como en otra época, sino también por el engaño, y ahora casi exclusivamente de él.

* *

Los hombres que parecen tener la conciencia tranquila, empujados por exigencias del poder, se convierten en policías, en perceptores, en soldados, y por su propia voluntad se hacen jueces de instrucción, procuradores, soldados, generales, ministros, reyes, sin embargo, al parecer tienen la conciencia tranquila al menos en la apariencia; se ocupan de quitar á los hombres sus últimas vacas, para que paguen los impuestos, que se emplearán en el lujo ó en la matanza; ó los aprisionan, los torturan, los matan, ó inventan y preparan medios de muerte y, rodeados de miserias, poseen bienes y tierras tomados á esos miserables y, aun se muestran orgullosos.

* *

Los hombres que se llaman instruídos, los que debían enseñar como un ser libre, razonable debe mirar la violencia; los sabios, los liberales, hasta los revolucionarios, razonan, critican, predicán la libertad, la dignidad del hombre; pero todo esto lo hacen hasta el instante en que

por sí mismo se silban, y entonces, todos sus discursos, todos los argumentos liberales; se les reviste con una librea extraña, se les pone en las manos un fusil y un sable; un cabo les manda correr, saltar, saludar, gritar *¡hurra!* en presencia del czar, y, estar preparados, por orden de ese mismo cabo á matar á sus propios hermanos. Y él, el liberal y el sabio, según las reglas de la evolución, salta, saluda, grita *¡hurra!* y con el fusil en la mano está preparado á matar á quien le manden.

Así es, que hasta los hombres más instruídos, á quienes sería más natural aspirar á poner la vida de acuerdo con la conciencia, esos hombres se ocupan principalmente en obscurecer y deformar la conciencia.

* *

Para un hombre no inteligente, el poder gubernamental es una institución sagrada, los órganos de un cuerpo vivo, la condición necesaria para la vida de los hombres.

Para un hombre inteligente, el poder gubernamental, es una agrupación de hombres muy extraviados, que se atribuyen una fantástica importancia que nada tiene de razonable, y que por la violencia, realiza todo lo que quieren los Senados, los Sínodos, los Tribunales, la Administración, todo eso, para un hombre inteligente, no es más que la reunión de hombres extravia-

dos, la mayoría comprados, que oprimen á los demás hombres. Son semejantes á esos bandidos que atacan á las personas en los caminos y las hacen sufrir toda clase de violencias. La antigüedad de esta violencia, su radio de acción, la forma que está organizada, todo esto hace que no cambie.

Para un hombre inteligente, no puede existir lo que se llama Estado, así es que nunca puede justificarse las violencias cometidas en nombre del Estado, y en las cuales no puede participar un hombre semejante.

Las violencias gubernamentales serán destruidas no por los medios exteriores, y sí, únicamente, por la conciencia de los hombres instruidos en la verdad.

* * *

...Yo quiero deciros que siempre tengo más confianza en la aproximación que ya conocéis; que es necesario trasladar los fines de la vida exterior á la vida interior; no ante los hombres, sino ante Dios; vivir no la vida de esta vida, sino, la eterna. Y vivir así, no es posible más que consagrandó toda la energía al perfeccionamiento interior.

Uno se acostumbra á pensar, y los enemigos de la verdad, así lo enseñan, que el perfeccionamiento no es más que egoísmo, que nadie puede perfeccionarse más que separándose del mundo.

Esto es un error grande; nadie puede perfeccionarse más que en la vida y en la unión con los hombres. Y si un hombre vive entre los hombres, ha de tener por fin principal su perfección ante Dios, esperando alcanzar en los asuntos prácticos resultados más grandes que el hombre que no emplea el tiempo más que por las obras exteriores.

* * *

El fin de la vida no es más que este: aspirar al perfeccionamiento que Cristo nos ha señalado al decir *Sed perfectos como vuestro padre en el cielo*. Este es el único fin de la vida ascensible al hombre, y se consigue no permaneciendo en pie sobre un pedestal, no por el ascetismo, y sí, por el trabajo interno por la unión con los demás hombres. De la aspiración bien comprendida de este fin dimanán todas las acciones útiles del hombre y, en concordancia con este fin, se deciden todas las cuestiones.

* * *

Se puede trabajar mucho y con utilidad en el perfeccionamiento en cualquiera condición, y ésta es la única cosa necesaria para nosotros y para El que nos ha dado la vida. Cuanto más difíciles sean las condiciones en que nos encon-

tramos, más fructuoso será nuestro trabajo interior para nosotros y para los demás.

* * *

A vuestra pregunta no puedo responder más que una sola cosa; que en el acto exterior ¿es preciso ó no ir á la guerra? puede no haber nada malo ni de bueno. Se puede vivir mal curando á los enfermos, se puede vivir bien dedicándose á cualquiera otra ocupación. Una sola cosa es importante; la de vivir bien, es decir, no por sí mismo, sino para servir á Dios y á los hombres que es lo que os deseo y aconsejo.

* * *

La pregunta habitual y comprensible *¿he hecho todo lo que quiere de mí El que me ha enviado?* No se le presenta al hombre que aún está lejos de la muerte. Cuando la muerte se aproxima cesa esta pregunta no resta más que la conciencia en su aproximación hacia el Dios justo de bondad y de amor. Y en esa conciencia, á lo menos á mi parecer, se disuelven todas las preguntas como la sal en el agua.

* * *

Existe el bien espiritual y el bien corporal. El corporal le vemos y juzgamos; pero el bien espi-

ritual, no sólo no le vemos exteriormente, sino, que con frecuencia el que le recibe tampoco le ve. Y sin embargo, el bien espiritual, á más de ser real es incomparablemente más querido, más importante que todos los bienes corporales, y satisface al hombre en su verdadera vida, lo mismo en la terrestre que en la eterna.

Un hombre adquiere la riqueza, la gloria, mientras que otro no teniendo nada aprende á despreciarlo todo y es feliz sin ello. ¿Quién está mejor?

Cuando decimos de una privación ó de un sufrimiento material cualquiera, que es un mal, no decimos que seamos míopes ó ciegos; y no vemos el bien que encierra lo que llamamos mal, como el niño no ve el bien en el hecho de que no se le deje acercarse al fuego ó en que se le dé un remedio....

Las privaciones, los dolores, los sufrimientos nos arrojan de la vida inferior, llena de miserias y de obstáculos, de la vida material, al dominio de la vida espiritual, libre y feliz. No es que sea necesario buscar los sufrimientos, pero los sufrimientos, como todo lo que sucede en el mundo, son un bien para el hombre.

Los sufrimientos regulan nuestra vida. Las lámparas de acetileno están construidas de tal forma que el carburo en contacto con el agua forma el gas, y cuando el gas se ha producido en gran cantidad, levanta el carburo y cesa la formación del gas. Lo mismo sucede en la vida ma-

terial, cuando está demasiado llena de sufrimientos (y tiene la propiedad de engendrarles) la conciencia y la atención se elevan, se transforman en deseos espirituales, y cesan los sufrimientos.

*
* *

Dios existe, no para satisfacer nuestros caprichos y fantasías; nosotros somos los que existimos para cumplir su voluntad.

*
* *

Toda la existencia del hombre entregado á la vida espiritual ha de pasarla en una lucha continua entre las exigencias de la razón (es decir, las divinas) y las exigencias humanas, los deseos personales. El resultado depende de la fuerza relativa, de la claridad de la conciencia sobre la necesidad de cumplir la voluntad de Dios, de la fuerza de sumisión á los juicios de los hombres y del deseo personal.

Solamente el que sostiene la lucha es quien puede decidir esto.

*
* *

El reino de Dios, está en nosotros y fuera de nosotros. Cuando le establecemos en nosotros,

se establece en el mundo. El establecimiento del reino de Dios en nosotros es necesario para Dios, para nosotros y para los demás.

*
* *

Vosotros decís que para satisfacer las exigencias de vuestra conciencia, os parece ser bastante, vivir bien vosotros mismos: exigís la posibilidad de iluminar á los demás, de forzarles á vivir como vosotros creéis que es bueno.

Pero falta solamente comprender que no existe el medio de obligar á los demás á vivir de la manera que creemos que es buena, cualquiera que sea su situación. Por fortuna ese medio no existe, y no puede obrarse sobre los demás, más que profesando continuamente sus mismas convicciones. De manera que para lograr el segundo objeto basta el primero: es decir, vivir conforme á las exigencias de la conciencia.

*
* *

El budhismo, lo mismo que el estoicismo, enseñan que la verdadera esencia del hombre no está en su cuerpo, privado de libertad, y por consecuencia sufriendo, y sí, en su conciencia espiritual que no está sujeta á ninguna traba, y por consecuencia á ningún sufrimiento. El budhismo tiene por objeto librar al hombre de los sufrimientos; el del estoicismo es el bien de la

persona, de donde resulta que ascetismo no es el fin ó el ideal de la persona...

La doctrina del budismo, lo mismo que la de los profetas judíos (con especialidad la llamada doctrina de Isais), las de Confucio, Sao Tse y la de Mi-Ty, que es poco conocida; que aparecieron al mismo tiempo, cerca de seis siglos antes que Jesucristo, reconocían igualmente que la esencia del hombre está en su naturaleza espiritual, y en ella reside su mayor mérito. Esas doctrinas se distinguen del cristianismo que apareció después que ellas, en que se detienen en el reconocimiento de la espiritualidad del hombre y ven en ella la salvación y el bien de la persona. El cristianismo va más lejos. Habiendo reconocido la espiritualidad del hombre, como imagen del hijo de Dios, proclama la posibilidad y la necesidad de establecer sobre la tierra el reino de Dios, es decir, el bien general que encierra en sí la idea de la paz general.

*
* *

Al niño siempre se le instruye prematuramente en todas las ramas de la ciencia. Sobre todo en las matemáticas. Es preciso no apresurarse. Sucede con frecuencia que un alumno á la primera explicación, comprende una cosa que de ningún modo pudo comprender el año anterior. Lo principal es tener en cuenta, que en pedagogía el alumno no es culpable de su ignorancia, la falta siempre es del profesor.

*
* *

No hay otra intrucción más que la cristiana, y nuestro mundo está lleno de sabios salvajes.

*
* *

¿Qué sucederá después de la muerte? Por su fortuna los hombres no lo saben y no tienen necesidad de saberlo. En efecto si los hombres lo supiesen y supieran que la vida de ultratumba es peor que la vida presente, tendrían aún más miedo á la muerte; y si supieran que la vida de ultratumba era mejor, no se cuidarían de esta y apresurarían su muerte.

He aquí por qué no conocemos el más allá, y no tenemos necesidad de conocerle. La única cosa que debemos saber es que nuestra vida no se concluye. Y eso lo sabemos. Toda la doctrina de Cristo está en esto. Que el hombre tiene dos vidas, la vida corporal, que se destruye, y la vida espiritual que no cambia ni se destruye nunca.

En seguida que trasladamos nuestro *yo* á la vida espiritual, ya no vivimos más que para un fin espiritual. Así es que nuestra vida no puede cesar. Forma parte de Dios. Existe siempre y siempre existirá.

Debemos hacer bien, no por temor al infierno,

ni por esperanza de alcanzar el paraíso, sino, que viviendo la vida espiritual el hombre no puede desear otra cosa más que el bien. Y si el hombre cree en su espiritualidad no puede temer la muerte.

¿Y cuál será esa vida? No hay que preocuparse de ello, pues teniendo fe en Dios padre, de quien descendemos, á El iremos, por El hemos vivido y con El viviremos.

* * *

Mi opinión sobre el movimiento de los Dou-thobors del Canadá es que bajo el punto de vista material se han unido: pero ese movimiento ha mostrado que en ellos está viva la cosa más querida y más preciosa: el sentimiento religioso, no sólo pasivo, contemplativo, sino, activo que conduce á la renuncia de los bienes materiales.

Es preciso tener en cuenta que el bien material que ahora adquieren, gracias á la vida en común, está basado en el sentimiento religioso que se manifiesta en el hecho de poner en libertad á los animales domésticos, que ese sentimiento es más precioso que todo, y entre ellos la desgracia no se ha manifestado en una forma exagerada (me refiero al hecho de desnudarse al entrar en la aldea) pues puede decirse que ha desaparecido.

* * *

Atravesamos días críticos. La guerra, como la tempestad en la naturaleza, provoca en el espíritu de los hombres un cambio bienhechor y en este sentido el movimiento que antes no se veía, es ahora visible. Este movimiento tiende hacia la explicación de la conciencia.

Los tiempos son críticos y por lo tanto es mucho más necesario vivir con severidad.

Toda lucha de la prensa, no sólo rusa, sino extranjera ó revolucionaria, contra el mal dominante, es estéril. Es lo mismo que cortar las malas hierbas; retoñan con más vigor. Hay que arrancar la raíz. Y no se puede hacer esto más que bajo el dominio religioso. Sólo El es poderoso é invencible.

* * *

Pienso que no tenéis más que escuchar vuestro corazón para saber lo que tenéis que hacer. Si creéis en Dios y en su ley, no con vanas palabras, sino de hecho, no es posible vacilar sobre lo que debéis hacer. Leed á Mateo capítulo X versículos 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32 y 33. En ellos se dice con claridad cómo debe proceder el que cree en Dios y en su ley. Si procedéis por miedo, si finjís creer en la ortodoxia, vale más renegar de Dios, porque un acto semejante muestra que no se cree ni en la religión ni en la ortodoxia, que uno no se ocupa más que de las cosas terrestres.

No hay en esto ningún mal, pues ni yo ni nadie, podemos reprochar á semejantes hombres que no tengan religión. Pero el mal existe cuando los hombres sienten finjir tener religión, censuran á los demás, cuando ellos no creen como debe creerse. Esos son los hipócritas denunciados por Cristo.

*
* *

Uno de los motivos más importantes de la actividad humana es el hipnotismo. Es muy buena cuando esta fuerza se emplea en favor de las buenas ideas y de las buenas obras ó para actos indiferentes. Pero es terrible cuando se emplea en provocar malos sentimientos, ideas falsas y actos malos, esto es lo que hace siempre el hipnotismo gubernamental y religioso, del cual quiero hablar.

Los hombres malos han unido á la idea de Dios tanta mentira y tanto mal que las personas honradas y probas de nuestro tiempo se han creado por sí solas un medio de defensa contra este hipnotismo.

Lo repito, con las personas honradas, de nuestra época, que piensan un poco, ha sucedido lo mismo que con los viajeros que llamados diferentes veces para que pasasen la noche en un sitio fuesen desbalijados y que, oyesen á otros viajeros contar lo mismo que á ellos les había pasado, no volverían por aquel sitio, y antes el temor de

ser robados no aceptarían la hospitalidad ofrecida: y los desgraciados seguirían caminando mientras las piernas pudiesen sostenerles. Lo mismo sucede con vuestra juventud.

De manera que el mal causado por los engaños y el hipnotismo religioso no se limita á los que engaña, sino que alcanza á los que se niegan á oírle.

*
* *

Durante estos últimos tiempos me he ocupado de la composición, no de una agenda, de una lectura cotidiana formada con los pensamientos de nuestros mejores escritores. He leído no sólo á Marcos Aurelio, Epicteto, Xenofonte, Sócrates, los sabios brahmines y chinos, Séneca, Cicerón, Plutarco, sino también á escritores más modernos. Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Lessiny, Kant, Lichtenberg, Schopenhauer, Emerson, Channing, Parker, Ruskin, Amiel, y otros (han sido dos meses en los que no he leído periódicos ni revistas) me he admirado cada vez más, no de la ignorancia, y sí de ese salvajismo *civilizado* en que está sumida nuestra sociedad. La instrucción, la cultura, se ha dado para gozar de la herencia espiritual legada por los antiguos, para asimilárnosla; en cambio leemos los periódicos á Zola, Mæterlinck, Ibsen, etc. Pues quisiera remediar en lo posible, esta desgracia, peor que la guerra, pues el salvajismo civilizado estando

contento de sí, es lo más terrible, pues fomenta todos horrores, y entre ellos, la guerra.

*
* *

¡Qué los hombres vivan mal, que sean irreligiosos, sin conciencia, menos cuidadosos de la muerte que de su paso por la tierra! (No hay que pensar en la muerte, hay que vivir mirándola de cara).

Toda la vida se convierte entonces en solemne, importante, verdaderamente útil y gozosa. En presencia de la muerte, es imposible no trabajar con celo, pues, á cada instante puede interrumpir nuestro trabajo, así es que en su próxima presencia no se puede hacer lo que es necesario para toda la vida, es decir, para Dios. Y cuando se trabaja así se convierte en gozo, ya no hay ese temor á la muerte que envenena la vida de los hombres. El miedo á la muerte es inversamente proporcional á la vida buena. Con la vida santa queda reducido á cero.

Esta relación entre la vida y la muerte, puede ser influida por la educación, pero nosotros no estamos educados así y debemos proceder por nosotros mismo. Y llevando la educación religiosa como puede llevarse, ¡cuántos beneficios resultarían!...



Extracto de la carta de un Musulmán

Noviembre, 1902.

...Hagámonos Tchouvaches y escuchemos, no á dos profetas (no han existido los profetas) sino á dos hombres.

Uno dice al Tchouvache ¿Sientes en tí algo excepto tu cuerpo?

Cualquier Tchouvache responderá que siente algo espiritual, poderoso.—Entonces nosotros le preguntaremos:

—¿Ese sér moral que sientes en tí es omnipotente? El Tchouvache dirá que no, que siente que ese sér es limitado. Le diremos. Si ese sér que reconoces existe en tí es limitado, debe existir un sér semejante que sea infinito. Pues bien, ese sér infinito es Dios, cuya esencia, en tí, te parece limitada y que como sér infinito te abraza de manera que te encuentres en él.

Así hablará el primer hombre sin afirmar que es enviado por Dios, que es profeta y, afirmando únicamente lo que cada cual sabe y puede observar en sí propio.

El otro, el mahometano, empezará por decir «Creéis que yo soy profeta y que todo lo que os